

Algunas observaciones críticas de Filosofía sobre la Parapsicología

I.—*¿QUE SE HA INVESTIGADO HASTA AHORA?*

Es un hecho que en numerosos laboratorios se hacen experimentos de Parapsicología, sobre los que sin cesar se van publicando copiosos estudios en revistas y libros. Ante este hecho, surge espontáneamente una pregunta: ¿qué tiene que decir sobre esto nuestra Filosofía? ¿Acaso niega de plano la existencia de todos los fenómenos parapsicológicos? Y si admite por lo menos algunos de ellos, ¿se ha intentado dar una explicación racional de ellos, que sea coherente con nuestra Filosofía?

Esta es la pregunta sobre la cual quisiera proponer ahora algunas observaciones.

II.—*SEPARAR CLARAMENTE UNOS FENOMENOS DE OTROS*

Lo primero que llama la atención es que con el nombre de Parapsicología se mezclan hechos diversísimos; y aún más que se ofrezcan sobre ellos explicaciones totalmente incoherentes unas respecto de otras. ¿Adónde se va a parar así? ¿Cómo puede darse el nombre de ciencia, que algunos le dan, a la Parapsicología, así entendida?

Para evitar esta situación caótica hubo un autor que intentó delimitar claramente el objeto de estudio; propuso después el método para una experimentación científica, lo mismo que se hace

con cualquier ciencia positiva; y al fin intentó deducir algunos asertos, que si bien de porte modesto, tenían un aspecto de seriedad. Este autor fue J. B. Rhine (1).

Se empieza por definir qué es lo que buscamos. Lo que buscamos es si se da o no se da el fenómeno PSI (llamado también ESP, «extra sensory perception»). Es decir: ¿se da o no en los hombres alguna *percepción extrasensorial*? Si se afirma, entonces vendrá una pregunta ulterior: ¿cómo se demuestra? Después otra: ¿cómo se explica? Finalmente: ¿cómo se podría reproducir? ¿Qué límites tiene?

Para aquellos que no conozcan estos experimentos, voy a proponer ahora un ejemplo, que desde luego no es de Rhine, sino mío. Elegimos a dos personas, que llamaremos con los nombres de «experimentador» (o bien más brevemente E) y «sensitivo» (o bien S). Es decir, uno es el que hace el experimento y otro es el que «siente» o «percibe» algo que no le ha sido transmitido a través de los sentidos, ver, oír, oler, gustar tocar.

Se colocan E y S en una mesa frente a frente. Entre ambos hay encima de la mesa un biombo que los separa. Tomamos una moneda, que echada muchas veces al aire por E, a veces al caer dará «cara» y otras veces dará «cruz». Si hacemos esta operación un millón de veces, ¿cuántas veces saldrá cara y cuántas saldrá cruz? Con exactitud no lo sabemos; pero el cálculo matemático de probabilidades nos dice que *aproximadamente* 500.000 veces saldrá cara y 500.000 veces saldrá cruz, con un margen pequeño de oscilación, que las matemáticas tratan de determinar.

Al estar E y S en la mesa, E echa la moneda al aire (puede hacerse por medio de un vaso, para que ni siquiera haya contacto directo con su mano) y S responde: «Ha salido cara», por ejemplo. Se anota la respuesta y el tiempo invertido. Se repite otra vez la operación y S responde, por ejemplo: «Ahora ha salido cruz».

Si habiendo echado la moneda un millón de veces al azar, 1.º hubiese *salido* un millón de veces cara, 2.º o que saliendo varios casos S hubiese *acercado* (sin ver el resultado por el biombo que se lo impide) un millón de veces lo que era realmente, entonces diríamos que aquello no había sido mero azar: que allí había alguna cosa que habría que investigar. La causa a que se atribuiría este acierto colosal sería precisamente admitir que se ha producido el fenómeno PSI: aquel S o bien ha *influido para que sa-*

(1) Entre su copiosa producción puede verse: RHINE, J. B., PRATT, B. M. etc.: *Extra sensory perception after sixty years*. Boston 1966. Muchos de sus escritos se hallarán en la revista *The Journal of Parapsychology*, U.S.A.; o en *International Journal of Parapsychology*, U.S.A.

liera siempre cara, o bien en el otro caso algo *ha influido en él*, para que acertara siempre al saber qué había salido.

Pero hay algo que complica un poco esta experimentación. Supongamos que S no ha acertado un millón de veces, sino novecientas mil, novecientas noventa y cinco; entre un millón de casos habría fallado silamente en cinco. Aquí diríamos que este pequeñísimo margen de error, no impide que haya que buscar una razón suficiente no mero azar, para explicar el acierto de 999.995. ¿Y si los aciertos fueran 900.000, qué? ¿Dónde está el límite? El matemático estudia en el cálculo de probabilidades cuál es este «margen o límite» atribuible al azar, y que por tanto podrá producirse sin buscar otra causa explicativa. Llamemos a este margen con el nombre de «Sigma».

Hemos presentado, pues, dos casos:

1.º Que para dar una razón suficiente, explicativa de un inmenso número de aciertos, que superan Sigma, digamos que se ha producido el fenómeno PSI, es decir, S ha tenido *conocimiento* o *percepción* de un hecho. Lo físico ha influido en lo psíquico.

2.º El otro caso sería inverso: que lo *psíquico influyera en lo físico* y esto en una doble suposición: o bien por sólo *pensar*, o bien por *querer*. Por ejemplo: antes de que E agite el vaso con la moneda para echarla al aire, S piensa «saldrá cara», o quiere «que salga cara». Si entre un millón de veces se da el acierto con sólo aquel pequeñísimo margen S, de que hablábamos, ¿se dirá que ha sucedido sin razón, «porque sí», absurdamente, que hubiese tan colosal coincidencia? ¿O se dirá que su psiquismo ha influido sobre el hecho físico, es decir, sobre el cosmos?

Para distinguir entre sí los dos casos, los parapsicólogos han inventado dos nombres: PSI GAMMA es el uno; el otro es PSI KAPPA. Es decir, si se trata de influjo en el psiquismo (quizá por la G de *gnósis*) se dice PSI GAMMA; si se trata de influjo en el movimiento del cosmos (quizá por la K de *kinesis*, movimiento; o de *kósmos*) se dirá PSI KAPPA.

Los múltiples experimentos de este tipo que en su laboratorio ha realizado J. B. Rhine, no se limitan a casos tan sencillos como son éstos que yo, simplificando aquí para facilitar su comprensión, he expuesto. Además él ha aplicado el procedimiento a otro orden de cosas: por ejemplo, siembro semillas de cebada en un metro cuadrado de cristal A; y el mismo número y cualidad de semillas en el metro cuadrado B. Pero hay un S que va cada día al espacio A (regado igualmente con agua que B) y allí dice a las semillas que «quiere» que crezcan más aprisa las del cuadrado A que las del cuadrado B. Al cabo de un tiempo se arrancan las dos o tres mil semillas de A y de B y se van examinando bajo el microscopio las raíces de unas y otras. Parece que se ha comprobado que ha habido ciertos casos en los que los niños de un colegio que iban

a abogar por A han obtenido que las raíces fuesen algo mayores que las de B adonde iban las niñas. Desde luego, siempre mirando el número en su conjunto, con aquel margen posible de error, de los cálculos matemáticos.

No interesa aquí discutir si se admite o no este caso y otros semejantes, porque no tratamos de hacer Parapsicología ahora. Dígase lo que se quiera, una consecuencia nos interesa sacar, y es que si la Parapsicología procediese así, entonces sería una Ciencia, que procedería como la Física, la Química o cualquier otra ciencia positiva a base de una cuidadosa *experimentación* de fenómenos, para atenernos solamente al resultado de los hechos comprobados, no más.

Pero no sucede así. Lo que pasa es que han hecho poco caso de J. B. Rhine y los parapsicólogos se han lanzado a zonas diversísimas, que no tienen nada que ver con una estricta experimentación, pero a todo llaman con el mismo nombre de Parapsicología. Y esto apunta a mi primera consecuencia: observo la enorme confusión que se ha cometido al mezclar *todos* los casos raros, no habituales, dándoles *el mismo* nombre. Esto me parece un gran desacierto. Es preciso delimitar exactamente: ¿Trata Ud. de realizar experimentaciones perfectamente definidas y claras como en las ciencias, para concluir solamente lo comprobado, o trata Vd. también de mezclar los casos que son *anecdóticos*, y además, tomar cualquier ideología para inventar una explicación?

Mi primera consecuencia es, pues, ésta: es preciso delimitar claramente cada caso, lo científicamente comprobable de lo que no lo es (por lo menos no lo ha sido hasta ahora); pero es una extrapolación novelesca dar el mismo nombre y pretender la misma certeza de la ciencia para zonas radicalmente diversas.

III.—CONFUSION EN EL OBJETO DE ESTUDIO Y EN EL METODO DE ESTUDIO

Se ha publicado hace poco un libro de Oskar Schatz, que puede ser un buen ejemplo de lo que voy diciendo (2), esto es, de esta mezcla y confusión total que se ha introducido en la llamada Parapsicología.

Este libro, al que han titulado *Manual de Parapsicología* es

(2) SCHATZ, Oskar (y otros colaboradores): *Manual de Parapsicología*. Barcelona 1980.

en realidad una colección de diversos estudios de varios autores, en que se mezcla toda clase de fenómenos, con toda clase de interpretaciones. Muchos son los libros semejantes a éste.

Véase por ejemplo, la obra de 1973 del conocido parapsicólogo Hans Bender, catedrático de la universidad de Friburgo (Brisg.), titulada *Verborgene Wirklichkeit* (literalmente, «Realidad escondida»), publicada en España con el título de *La Parapsicología y sus problemas*, Barcelona 1976 (3). La bibliografía parapsicológica de nuestros días es extensísima; pero casi siempre hallamos la misma mezcla de objetos o hechos estudiados, la misma mezcla de ideologías para dar cada uno a su capricho una explicación, y la ausencia de comprobaciones experimentales serias y coherentes.

Un ejemplo clásico de lo que mezclan con la Parapsicología: la *Astrología*. En la bibliografía parapsicológica se hallarán centenares de páginas que hablan con la mayor seriedad que si fue aries o leo o libra la causa de tal fenómeno del psiquismo humano. Por lo que a mí toca, ni una palabra más he de añadir. Entendiendo la palabra «astrología» como ellos la entienden, no voy a emplear ni un minuto para estudiar la astrología como causa de fenómenos parapsicológicos. Para mí esto ni es ciencia, ni tiene nada que ver con las ciencias. Tendré respeto para aquella persona que atribuye a Libra o a Scorpion, que un plato o un vaso hayan caído solos de la estantería u otro efecto parapsicológico: pero yo no tengo nada que ver con la Astrología, mientras no sea estrictamente Ciencia (4) demostrada racionalmente.

Algo semejante sucede con la *Magia*. Uno queda estupefacto al encontrarse de repente que introducen dentro de los libros de Parapsicología la Magia, nombre bajo el cual mezclarán cierto estado psíquico de alucinación y exaltación somnolenta, producido a veces artificialmente, por ejemplo en muchos ambientes en Brasil o en los chamanes de Africa. Mezclan todo esto con lo que podría ser a veces, por ejemplo, cierta intervención diabólica (si se demostrase que es así), o quizá muchas veces azar, u otras veces cierto desarrollo de aptitudes del psiquismo humano, generalmente latentes, y que en ciertas circunstancias afloran a la plena consciencia. Pero mezclar sin más todo ello de un modo caótico, como si la Magia fuera un todo coherente en su ser y en su certeza, con una explicación, me parece que no tiene nada que ver con la ciencia; y por tanto tampoco tiene por qué ocuparse la Filosofía en dar explicaciones sobre ello.

(3) BENDER, Hans: *La Parapsicología y sus problemas*. Barcelona 1976.

(4) Adviértase: no hablo ahora en aquel otro sentido en que hablaré después sobre la astrología, entendiéndolo por este nombre el influjo de los astros sobre nuestro psiquismo (véase aquí, nota 18).

IV.—CONFUSION EN CUANTO A LOS PRINCIPIOS EXPLICATIVOS

Si acabo de denunciar en el epígrafe precedente la confusión de *objetos* que integran en la Parapsicología, no es menor mi denuncia en cuanto a la ligereza con que pretenden *explicar* los hechos.

Por ejemplo, se ve en la contraposición entre el llamado *espiritismo* y el llamado *animismo*. Hace décadas, cuando unas personas se situaban junto a una mesa para que con sólo poner encima sus manos se moviese o hasta con sus golpes respondiese a sus preguntas, daban como explicación de este fenómeno a «los espíritus». Pero ¿cómo lo demuestran que eran espíritus? ¿Cómo podrían excluir otras explicaciones posibles?

Hoy día hay como dos campos: unos (son los menos), llamados todavía «espiritistas» atribuyen estos fenómenos a la acción de *espíritus* de ultratumba, como si los tuviesen siempre en el bolsillo dispuestos a obedecer sus órdenes. Otros, llamados más bien «parapsicólogos» ya no admiten que sean espíritus descarnados los causantes de hechos que no pueden explicar: dicen que es el *psiquismo* humano. Tanto unos como otros se subdividen en multitud de categorías según sean las explicaciones que les ocurren como más verosímiles.

Así entre los espiritistas, todavía hay algunos que atribuyen los fenómenos parapsicológicos a un alma o espíritu del «Más-allá», con el cual creen que podrían comunicarse; y los libros que han publicado no creo que vayan a ocupar ni un minuto a quien tenga seriedad científica, como son los que se publicaron con el pseudónimo de uno de estos espíritus que se habría llamado Allan Kardec. Otros admiten «espíritus traviesos», juguetones, que hacen malas pasadas: serían como un *Poltergeist* o duendecillo travieso, que cambiaría las cosas de sitio, espantaría con ruidos estrepitosos, etc. Otros hay que por medio del *yoga* enlazan con el *zen* de los budistas. Son cosas distintas: el *yoga* puede limitarse a un conjunto de disposiciones corpóreas y psíquicas, destinadas a producir ciertos resultados; en cambio el *zen* sube a la teoría y lleva a zonas limítrofes con cierto panteísmo; lo cual es muy distinto. Para otros, se trataría de cierta «conciencia universal» (muy indefinida) que se comunicaría; finalmente para otros por el contrario sería la comunicación muy precisa con un individuo ya fallecido de tal modo, que no faltan quienes se preguntan si a través de este medio podrían llegar a conocer las características de una vida del más-allá, conocimiento que supliría, según ellos, la teología.

Como se ve, la multiplicidad y la desorientación no pueden ser mayores.

V.—RAMIFICACIONES HASTA SOBRE LOS CARISMAS
DE LA RELIGION

También es muy superficial lo que bastantes veces escriben los autores de Parapsicología, cuando lo relacionan con la religión. Primero identificándolo con «toda» la religión, segundo, esperando que con hechos sensiblemente observables a voluntad, podrán quitar a la Religión su carácter de revelada, y también su exposición teológica, racional, para formarse una religión empírica.

Otras veces confunden los hechos parapsicológicos con los «dones místicos», es decir, internos de la gracia. Por fin —y es lo más frecuente— identifican los fenómenos parapsicológicos con los *carismas*, como son aquellos de que habla San Pablo en varias ocasiones (5).

Aquellos tiempos de principios de siglo cuando Charcot en La Salpêtrière intentaba identificar los fenómenos místicos con los estados patológicos, ya están totalmente superados: hay un abismo entre las descripciones de Charcot y los tratados fundamentales como por ejemplo de Poulain, o los clásicos al modo de Alvarez de Paz. Mucho más quedan como en un archivo de intentos curiosos, libros como el de Leuba, enemigo irreductible de los hechos místicos auténticos (6). Fue sobre todo el filósofo Henri Bergson, quien en su conocida obra *Les deux sources de la morale et de la religion*, señaló el lugar único que ocupan los grandes místicos cristianos, no solamente su irreductibilidad total con la patología, sino hasta con todo conato de empirismo y de espiritismo, a pesar de que hasta le llevaron a presenciar alguna sesión espiritista, en que actuaban produciendo «ectoplasma», como la famosa Eusapia Paladino. Naturalmente, H. Bergson era superior a todos estos niveles intelectuales, que desechó mientras intentó una explicación o integración filosófica del hecho místico.

La reacción que se produjo contra tantas ficciones del espiritismo hizo que algunos se dedicaran a poner de manifiesto innumerables fraudes, como fue por ejemplo el caso del famoso jesuita mexicano Carlos M. Heredia (7), el cual reprodujo en un teatro el fenómeno de su propia levitación; reprodujo en fotografías la aparición de imágenes diabólicas; produjo la aparición de manos

(5) 1.º Cor. cap. 12, cap. 13, cap. 14.

(6) LEUBA, James-H.: *Psychologie du mysticisme religieux*. Paris 1925; y del mismo autor *La Psychologie du phénomène religieux*. Paris 1914.

(7) HEREDIA, C. M.: *El espiritismo ante la ciencia*. Las Casas 1940; *Los fraudes espiritistas y los fenómenos metapsíquicos*. México 1931; *Spiritism and common sense*. New York 1922.

de parafina, hacía mover las mesas, etc., y concedía que en los simposiums espiritistas sólo había un caso mínimo de algunos con verdadera intervención diabólica; los demás eran fraudes. Y en cuanto a admitir lo que llamamos ahora el fenómeno PSI, en uno de sus libros se hallan unas pocas páginas en que intenta, no ya una explicación teórica, filosófica, sino reproducir alguno: por ejemplo que fumando un puro E, espontáneamente viniese al pensamiento de S el nombre de la marca, es decir, una iniciación a la metapsíquica. Otros como el psicólogo F. P. Palmés, también jesuita, fue mucho más radical que Heredia, para negar el espiritismo hasta como hecho (8). Frente a esta reacción, digamos, negativa, en el otro extremo descollaba la candidez de algunos, hasta «científicos», que lo admitían todo. Una vía media entre ambas, mucho más prudente es la que ha tomado recientemente el jesuita argentino Enrique Novillo (9), que fue algún tiempo discípulo de J. B. Rhine y estudió aquello que antes expusimos sobre el método experimental del fenómeno PSI, además de otros muchos que toca de refilón en su obra y que tienen un aspecto de seriedad. No obstante hallo en la obra fundamental suya el mismo defecto que puede notarse en general en todos los escritos parapsicológicos, a saber que saltan de repente de un extremo a otro: no distinguen netamente entre dos categorías netamente distintas de fenómenos. Una cosa es el hecho estadístico, comprobado experimentalmente al modo de Rhine y otra cosa totalmente distinta es por ejemplo que de repente, sin más datos ni pruebas, se pongan a juzgar sobre el fenómeno de la licuefacción de la sangre de San Genaro...

Este confusionismo no lleva a ninguna parte. El filósofo crítico (por mi parte creo tener bastante dosis de criticismo) no se satisface que con un mismo nombre y una misma pretendida ciencia se incluyan hechos diversísimos, y todavía más queda insatisfecho que de repente cese el nivel de las comprobaciones o pruebas (aun estadísticas) y se salte a zonas sin demostrar, en que quizá habrá actividades, de suyo naturales al cerebro, pero poco ejercitadas comúnmente (las parapsicológicas), o a otras sobre las cuales (inicialmente parapsicológicas) se puede injertar la acción dia-

(8) La producción del P. Palmés sobre el tema del espiritismo es muy abundante (sobre todo en el primer tercio de este siglo, que es cuando él empezó su actuación como Profesor de Filosofía psicológica, y cuando tenían cierto predicamento o renombre los «espiritistas»). Cito de él únicamente la obra *Metapsíquica y Espiritismo*. Madrid 1132 (trad. italiana: *Metapsíquica e spiritismo*, Roma 1952, y trad. portuguesa *Metapsíquica e Espiritismo*. Río de Janeiro-Sao Paulo 1957.

(9) NOVILLO PAULI, Enrique: *Los fenómenos parapsicológicos. Psi en el laboratorio*. Buenos Aires 1975. Véase en esta obra la interesante bibliografía que sobre la Parapsicología aduce en las páginas 309 a 319.

bólica (que «sin más prueba» niegan) pero a veces se dan, y también aquellas otras en que sobre la disposición parapsicológica se injerta la acción divina, tanto si se da en el orden de la «unión» mística, como si en el de los «carismas» preternaturales.

Si una persona ha tratado íntimamente durante años a algunas personas dotadas de carismas divinos, observando atentamente todos los pormenores, advertirá inmediatamente que hay un abismo entre lo que es y hace el carismo divino y lo que es mero producto de un proceso inconsciente parapsicológico. En la obra que hemos citado de Oskar Schatz, con toda razón se aduce el testimonio sobre lo que se observaban en Nelja Michailova, con estas palabras: «Con un imponente esfuerzo anímico y físico, a menudo con varias horas de concentración y perdiendo un kilo de peso por cada demostración, la médium de telecinesis, Nelja Michailova, logra la proeza de poner en movimiento sobre un cristal, unas cuantas cerillas, unas varitas de aluminio, o consigue hacer oscilar una aguja magnética» (10). Comparar esto con los casos de verdaderos carismas divinos, como por ejemplo se veían en San Juan Bosco (para citar un ejemplo reciente, casi de nuestros días (1815-1888), con los fenómenos parapsicológicos, es como empeñarse en comparar un mosquito con el Himalaya: no tienen nada que ver.

Hace varios decenios empezó en Estados Unidos el movimiento llamado de los Pentecostales, que interpretando literalmente (y por tanto también superficialmente) la Sagrada Escritura, creyeron que podrían repetir fácilmente en sus reuniones los carismas que eran tan frecuentes en las antiguas comunidades de la Iglesia del siglo I, como están descritos por ejemplo por S. Pablo en su carta a los Corintios, cap. 12-14, a los Tesalonicenses, etc. Frente a esto se organizó el Movimiento de Renovación Carismática, del lado católico, que se ha extendido ampliamente por el mundo, especialmente americano. En una ocasión asistí a una de estas sesiones carismáticas y por lo que a mí toca, ciertamente aquellos fenómenos no tenían nada que ver en absoluto con los verdaderos carismas: era un puro remedo parapsicológico. Remito al lector al discurso que el 19 de mayo de 1975 pronunció Pablo VI cuando recibió a algunos millares de tales «carismáticos» que se reunieron en Roma para el III Congreso Internacional de Renovación Católica (11).

A este propósito escribí hace poco en una publicación (que no cito porque se difunde «instar manuscripti») un resumen del criterio que es preciso tener; resumen que podría formularse así:

(10) SCHATZ, Oskar: *Manual de Parapsicología*, o.c., pág. 70.

(11) PABLO VI, en *L'Osservatore Romano*, 10-20-V-1975.

— El examen cuidadoso de los hechos y su naturaleza, harán que uno pueda inferir una causa triple de ellos;

— 1.º fenómenos debidos a una causa parapsicológica, es decir, a una actividad natural, que no supera lo que es posible dentro de la amplia gama del psiquismo humano, aunque de ordinario no actúe;

— 2.º fenómenos cuya naturaleza es tal, que requiere un principio intelectual como productor u organizador de ellos; es decir, un espíritu; que para nosotros puede ser sencillamente diabólico. Para Freud el diablo es «la propia mismidad» e intenta hallar la vinculación de la parapsicología con la psicología profunda, precisamente para no tener que acudir a veces a este otro principio; para Jung el diablo no es más que «una manifestación del mal arquetípico». Pero sería interesante que estos autores leyesen la documentación histórica que hay por ejemplo de casos de posesión, como fueron los Niños de Illfurt (Alsacia), en 1874, o la posesa de Piacenza en 1932, u otros que tienen todas las garantías históricas; el Maligno puede injertar su acción sobre el proceso parapsicológico;

— 3.º fenómenos cuya naturaleza es tal, que el principio intelectual requerido para dar razón suficiente de los hechos, no puede ser el principio enemigo de Dios, sino al revés, de origen divino;

— 4.º por último pueden darse casos en que haya mezcla de varios de estos influjos, que requiere suma atención y discernimiento en el crítico que observa, analiza y juzga.

En esta publicación decía a propósito del trabajo de señalar los límites a lo que es puramente parapsicológico: «si bien a veces no podrá decirse *de un modo positivo* hasta dónde se extiende lo parapsicológico, muchas otras veces podremos decir *de un modo negativo*, hasta dónde no se extiende; tal fenómeno tiene tales características cuya razón suficiente desborda lo que sería meramente una proyección parapsicológica subconsciente; luego tiene otra causa superior. Lo que es *meramente* parapsicológico (sin que se injerte en ello la acción de un ser inteligente) *no tiene «intencionalidad»* ... [como la hay] por ejemplo si hay *una convergencia* sabiamente electiva, conducente por sí misma a un resultado espiritual determinado». No puedo extenderme más ahora sobre este tema, del que queda por lo menos con lo que he dicho, una indicación suficiente, que remite a estudios que se deberían hacer cuidadosamente, en vez de promover el sensacionalismo y confusiónismo, o en vez de tomar una actitud escéptica que niegue todos los hechos, o los reduzca a un solo tipo, lo cual no explica nada. Pero desde luego afirmo con toda aseveración que para quien haya tratado durante años a personas en su intimidad personal y en su conducta, examinando todos los hechos que se producen

y buscando la causa explicativa proporcionada, para éste reducir los carismas divinos a fenómenos meramente parapsicológicos, resulta sumamente ridículo.

VI.—RAMIFICACIONES SOBRE LA MISTICA Y SOBRE EL MILAGRO

Si resulta enteramente arbitraria la identificación de los fenómenos parapsicológicos con los carismas divinos, todavía es mayor el despropósito de querer equipararlos a los milagros divinos, que sean verdaderamente milagros; equiparación que con frecuencia se halla en los libros de parapsicología.

El carisma divino deja una atmósfera de paz, de amor al sacrificio por Dios y a los demás hombres, por Dios; deja una disposición de humildad y de obediencia, inconfundibles; deja una firmeza incomparable en la Fe; lejos de dañar la salud, la sostiene, hasta de modo inexplicable a veces; deja en el carismático una disposición de silencio y oración, no oración a «nadie» ni al «todo» sensible, sino a un Ser Personal, a quien ama y quiere amar, y se lo entrega todo con tal de ser amado por El; el carisma auténtico deja en el carismático en un afán de pasar desapercibido, desconocido, humilde; deja una atmósfera de caridad y sacrificio, de paz, que examinada en su conjunto es otra cosa, algo totalmente distinto de lo que es natural; y aún más que distinto, opuesto, a lo que es diabólico. Pero recordemos que antes hemos dicho además de esto: el fenómeno puramente parapsicológico no tiene «intencionalidad» coherente (a menos que haya influjo del mal espíritu), es un hecho ciego, como puede ser un grito, o las notas de un canto, o un acierto atlético; mientras que el carisma divino por el contrario todo él (en medio de los peligros de fallos humanos y desviaciones) tiene una «intencionalidad» que aparece en su conjunto como una «selección intencionada», y buena (pues aparece el mal, la «intencionalidad» que provendrá de la injerencia del Maligno). Es decir, hay una diferencia radical entre lo que era por ejemplo el hecho, mirado en su conjunto, de San Felipe Neri, que en su Misa se levantaba en el aire, como San José de Cupertino, o San Juan de Avila en otros casos, etc., y lo que sería una pura levitación psíquica obtenida con grandes esfuerzos psíquicos, sin razón de ser.

Pues bien, mucho mayor es todavía la diferencia entre el fenómeno parapsicológico y el milagro. En nuestra tradición filosófico-teológica de siglos, tenemos abundante doctrina sobre este punto; y a veces no advertimos la oportunidad y sagacidad de sus doc-

trinas. Por ejemplo, cuando en la explicación del Milagro verdaderamente tal, se distinguían tres elementos que deben constar: la verdad histórica, la verdad filosófica y la verdad teológica.

La primera es la que con más frecuencia falla en los falsamente llamados «milagros». Por esto en el Departamento Médico y Comisión Médica de Lourdes —para poner un ejemplo— han tenido tanto cuidado en asegurarse bien de este punto, de suerte que muchos milagros verdaderamente tales no los reconocen, precisamente porque con razón aborrecen toda «anécdota» y quieren atenerse meramente a hechos atestados oficialmente. Hasta la comisión de la UNESCO enviada a Lourdes de parte de la ONU, reconoció la seriedad de su archivo y documentación (12), y por ello hay sobre el tema aportaciones dignas de todo aprecio como son las del Dr. Lauret, Dr. Vallet, Dr. Molinery, sin dejar en la penumbra el inolvidable relato del inolvidable premio Nobel de Medicina, convertido precisamente allí, el famoso Alexis Carrell, que escribió un interesante relato de su vivencia personal.

Ahora bien, para separar los fenómenos parapsicológicos, de los que son hechos divinos, el primer elemento, después del histórico, viene el elemento filosófico o racional, el cual no será precisamente saber «hasta dónde puede llegar» la naturaleza, sino «hasta dónde *no* puede llegar». Es decir, hay límites en los cuales no daría la razón suficiente que explicase los hechos. Por ejemplo, como decíamos antes hablando de la «intencionalidad» que se manifiesta en ciertos hechos, tanto si se trata de leyes físicas dinámicas, como si de leyes estadísticas, no habrá razón suficiente de la explicación de un hecho sin recurrir a un elemento racional.

Me dirán que a veces esto no podrá constar. Efectivamente, así es. Si me presentan un color y me preguntan cuál es, a veces diremos con certeza que es blanco, otras veces diremos que es negro: pero esto no quita que pueda quedar una amplia zona intermedia en la cual diremos que el color es gris, sin decir con certeza ninguno de los dos extremos. Pero esta incertidumbre «para algunos casos», no quita que podamos tenerla «para otros casos». Pues del mismo modo al juzgar de la causa de un fenómeno.

Admitida la verdad filosófica, queda la verdad teológica. Aquel sabio Pontífice «parvus in solio, potens in folio» que fue Benedito XIV (1740-1758), en su magna obra sobre la canonización de

(12) Me refiero ahora al viaje y comprobaciones que realizó en 1953 Ruth CRANSTON, miembro de la Confederación Mundial de Religiones (Ginebra), la cual, sin ser católica fue a Lourdes a investigar qué garantías reales había en todo lo que se decía de las curaciones de Lourdes. Fruto de su trabajo fue una obra fundamental *The miracle of Lourdes* (McGraw-Hill Book Comp., Inc.) New York, traducido al español *El milagro de Lourdes*, Barcelona, Juan Flors, Editor, 1957.

los santos, tiene sobre esto acertadas observaciones. En una palabra: puesto que la Filosofía no puede demostrar positivamente que no puedan existir seres intermedios entre nosotros y Dios, puros espíritus; y puesto que por otra parte la teología nos afirma positivamente la existencia de tales seres racionales, personales, no corpóreos, entonces, ¿cómo podremos excluir que un hecho, superior a nuestras fuerzas materiales y a todo nuestro psiquismo, no se debe en última instancia al que llamamos Mal Espíritu, sin que haya que recurrir a la acción de Dios para explicar la causa inmediata del hecho?

Será el tercer elemento o verdad teológica, el que finalmente a veces permitirá inferir con certeza «ex fructibus», la naturaleza del Principio inteligente productor de un hecho, superior a nuestras fuerzas humanas y a todo nuestro psiquismo, sin negar que también quede —como decíamos hace poco— una zona intermedia de casos en que no tendremos elementos de juicio suficientes para salir de la duda.

Sin extenderme más ahora en la declaración de esta doctrina tan conocida —y tan ignorada!— ha sido preciso exponer aquí estas observaciones que preceden, al observar qué ignorancia tan colosal padecen muchos parapsicólogos, médicos, científicos, que sin tener elementos de juicio suficientes, pronuncian con la mayor naturalidad afirmaciones del todo disparatadas, al identificar todos los hechos parapsicológicos con el milagro.

VII.—*PUNTO NUEVO DE INVESTIGACION:*
¿PUEDE ADMITIRSE EN FILOSOFIA LA TELEPATIA,
LA PRECOGNICION Y CASOS AFINES?

Mi intención principal al ponerme a escribir este trabajo era la de llamar la atención sobre un punto, que si bien es de gran interés, creo que lo estudiamos muy poco los que trabajamos dentro del marco de la Filosofía cristiana. La investigación a que me refiero se puede formular así: ¿hay o no hay inconveniente de parte de nuestra filosofía en que puedan producirse (y aun «explicarse» coherentemente con ella) los hechos de que hablan los parapsicólogos sobre la «telepatía», la «clarividencia», la «predicción»?

Son muchos los que padecen tal alergia apenas oyen estos nombres, que sin más lo consideran todo como una invención o fábula. Sin embargo les bastaría abrir la Sagrada Escritura para encontrarse con la afirmación de la realidad de hechos que habrían de explicar de un modo coherente con la síntesis racional

filosófica. Con ocasión de la magia hay afirmaciones como la de las prácticas mágicas de Simón Mago, al cual «le prestaban atención porque les había tenido atónitos por mucho tiempo con sus artes mágicas» (13). Hechos o afirmaciones semejantes se remontan al mismo Exodo con ocasión de los magos de Egipto que lucharon contra Moisés, pero el Señor demostró que su poder desbancaba el que ellos tenían y mostraban (14): luego había prácticas mágicas en Egipto. Claro está que bajo el nombre tan ambiguo de «magia» podían incluir una mezcla de efectos en parte parapsicológicos, en parte diabólicos: pero aun entendiéndolo así, se daban. Ahora bien, es impropio empeñarse en no admitir un hecho por el motivo de que a uno le resulte difícil explicarlo.

Por mi parte voy a indicar un rastro de investigación y de solución racional. Enunciado brevemente y en resumen, es éste: dejando ahora aparte toda discusión sobre si se dan o no se dan estos fenómenos de telepatía y precognición (cuyas anécdotas llenan libros enteros), vamos a colocarnos en la hipótesis de que se diesen. En esta hipótesis ¿no tendría nada que decir sobre esto nuestra Filosofía?

La respuesta que propongo, resumida en pocas líneas es ésta:

1.º Es verdad que el espíritu supera específicamente la materia. En el hombre, además del componente material, hay un coprincipio espiritual no meramente yuxtapuesto al anterior, sino informándolo, unido substancialmente al primero, de modo que forma «un» ser específicamente nuevo, el hombre. Aquellos que al leer o bien oír esto se ríen, más les valdría que contestasen a las pruebas que damos ya desde Aristóteles y Santo Tomás. Una sonrisa escéptica apoyada en prestigio de nombres, no prueba nada. Razones faltan y queremos.

2.º No obstante, el espíritu humano (precisamente porque es «espíritu») no está «penitus immersus in materia» (como ocurre con las otras formas substanciales, v.gr. en los animales), sino que hay operaciones en las cuales,

a) actúa como mero *coprincipio* de un principio operativo compuesto, es decir, hay un «órgano» productor, como dice Aristóteles y con él Sto. Tomás. Así sucede en las operaciones sensitivas, o de los sentidos, en las cuales el cuerpo da algo de la *especificación* del resultado u operación, y por esto también es coprincipio;

b) pero hay otras operaciones en las cuales el *cuérpo* o *materia* humano no actúa como coprincipio o concausa, sino como

(13) Hechos, 8,11.

(14) Exod., 7,11-13; Génesis, 41,8; prohibida por Dios a su pueblo ya en Deut. 18, 10-12; y repetidas veces, cfr. Jer. 27,9-10; 1.º Sam. 7-9.

mero *condicionante*. Es decir, en estas operaciones el espíritu tiene cierta «independencia» parcial operativa, según se ve por la superioridad específica (al producir actos cuya perfección es irreducible a lo material), que son los actos superiores del conocimiento humano, voluntad libre, sentimiento espiritual. Por esto para actuar la potencia (que aquí ya no será un «órganum» material, sino facultad espiritual) se requerirá un principio en acto o *Noûs poietikós*, este entendimiento (o mejor dicho: esta «facultad operativa») cuya perfección desborda totalmente la naturaleza de la materia, el ámbito de todo lo que es material. Esto que acabo de decir tampoco es nuevo: no he hecho más que repetir algo contenido y conocido en los siglos de nuestra tradición filosófica cristiana. Pero ha sido preciso recordarlo, para que se comprenda lo que seguirá ahora.

c) Pues bien, pregunto: ¿no podrían admitirse también otras actividades en las que el espíritu humano, como productor o principio operativo, tenga todavía algunas veces una *mayor independencia* respecto del condicionante material, y por tanto mayores posibilidades de acción, más cercanas a las del modo de actuar del puro espíritu? Si se admite esta última hipótesis que hago, no parece que haya inconveniente en que puedan caber dentro de una explicación racional coherente, hechos de telepatía, telecinésis, precognición.

Desde luego hay una zona más estudiada por nosotros, en la cual hay una *progresiva independencia* del espíritu, hasta un grado mucho mayor. Me refiero a los fenómenos de la Teología Mística.

Empezando por el nivel más bajo, sabemos muy bien que hay elementos puramente materiales, los cuales sin ser más que materiales, sin embargo influyen dando cierta «predisposición» psíquica. Bastaría recordar a San Ignacio, cuando en los Ejercicios encarga tener en cuenta la comida, el sueño, la luz u oscuridad, el silencio, etc., en vistas a disponerse a sentir la «consolación» (nombre bajo el cual están tanto los estados de «oración simplificada» y «contemplación adquirida», como los de «unión» mística: a S. Ignacio no le interesa distinguirlos para el fin que busca entonces).

Pero sobre esta disposición de origen natural puede injertarse la acción divina, por ejemplo con la que Sta. Teresa llama «la unión», que expone en la Cuarta Morada. Es un «nudo» (o «nudo», dice ella) del alma con Dios, que da una gran felicidad, una como embriaguez, según escribe desde Toledo el 2 de enero de 1577 a su hermano Lorenzo: «¡Oh, ñudo que así juntáis / dos cosas tan desiguales! / No sé por qué os desatáis, / pues atado fuerza dais / a tener por bien los males».

En este grado de unión mística el sujeto puede con sus actos psíquicos religiosos (de amor, de sacrificio, etc.) prolongar o dis-

minuir la «unión semiplena» (o hasta hacerla desaparecer, por ejemplo si se pone a andar distrayéndose). El sujeto advierte que aunque *de ningún modo puede provocar a voluntad*, es decir, con sus fuerzas naturales, esta unión, embriaguez o felicidad, no obstante puede contribuir indirectamente a prolongarla o a disminuirla.

Si sube de grado la acción divina, entonces irá disminuyendo la cooperación corpórea. Llegamos a la Quinta Morada, que podemos llamar de «unión plena», en la cual el sujeto, sin ninguna percepción sensible o corporal (nada de ver, oír, tocar, etc.) capta la «presencia» de Dios, que le da una felicidad que no puede explicarse, ni explicar. En este grado lo único que puede hacer es «no estorbar». Desde luego el psiquismo estará activo, sí, pero sin tomar él la «iniciativa»: secunda aquella «atadura» divina con que capta que Dios está allí; y esto, tanto si esta atadura es de la sola voluntad (quedando libre la imaginación, que estorba, y el pensamiento que él quisiera no divagase), como si es atadura que también afecta el entendimiento. En este caso «la iniciativa» la ha tomado Dios: el cuerpo parece como si se desmoranase por no estorbar aquella felicidad.

Pasando de ahí a la Sexta Morada, o éxtasis propiamente dicho, es ya patentísima la total improporción entre la actividad cerebral que podría por ejemplo registrarse con un electroencefalograma, y la formidable actividad de su espíritu. La cooperación del cerebro es mínima (siempre habrá «algo», mientras el sujeto esté con vida) mientras es colosal la actividad y felicidad del espíritu, que actúa aquí «más libre» de las ataduras corpóreas.

Es decir, hay toda una gama que va desde zonas elementales básicas, en las cuales el sujeto se pone en cierta disposición psíquica «receptiva», a) como vemos por ejemplo en la misma Sagrada Escritura, cuando habla de la inspiración divina (15); b) y de un modo *negativo* (que es algo totalmente diverso, pero de cierto parecido) por ejemplo en el ritmo del tam-tam y baile de ciertos salvajes: los límites entre la «psico-mística» y la «teo-mística» son los límites de dos mundos radicalmente opuestos: pero *tienen en la base humana un tronque común* (16) y llevan a que pueda tomar finalmente dos direcciones enteramente opuestas. Hay casos en los cuales se va advirtiendo poco a poco esta doble especificación y separación; pero también hay casos en los que tras una brevísima preparación se trata de un acto solo, en que Dios se

(15) II Reyes, 3, 15.

(16) ROIG GIRONELLA, J.: *Los confines entre la psicomística y la teomística a propósito de la mística del superhombre*. «Manresa», Barcelona, 25 (1953) 197-215.

comunica clara y ciertamente, con unas características que no dejan lugar a duda. Uno de estos casos de felicidad fue el tan conocido de Madeleine Sémer (1874-1917), que movida por los escritos de Bergson para abandonar el materialismo ateo en que estaba sumergida, al recibir el don de la presencia del Señor con tal grado de inmediatez, fue ella entonces quien escribió a Bergson e influyó, a lo que parece, en la última obra de éste, *Les deux Sources*. Otro caso reciente ha sido el del periodista André Frossard, sobre el cual no es preciso escribir porque son recientes, al día, los artículos sobre él y su mismo relato autobiográfico. Sobre todo, el ya casi clásico relato del filósofo español Manuel García Morente (17).

Pues bien, si con hechos místicos tan bien comprobados, nos encontramos con casos en los que es preciso admitir «cierta mayor» independencia del espíritu en su actuación, pregunto: ¿por qué no podría también admitirse, que en una dirección a veces no opuesta, pero distinta, hay también la posibilidad de casos en que el espíritu actúe con cierta mayor independencia, casos que hemos llamado parapsicológicos? A veces será la psicocinesis, por ejemplo al estilo de Uri Geller; otras veces serán los múltiples casos todavía muy poco estudiados, de la llamada telepatía.

¿Y la «precognición»? Tampoco veo inconveniente en ella. Ciertamente el espíritu no puede conocer «con certeza» los actos «libres» de otro: pero ¿no puede el espíritu en su labor subconsciente captar lo «físicamente» futuro (por tanto, no-libre), o bien con «probabilidad» otros casos, haciéndolos aflorar al nivel de la plena consciencia? (18).

Lo que veo absurdo no es esto, sino que algunos o muchos saquen de aquí consecuencias que me parecen totalmente irracionales, como sería atribuirlos a una «psique colectiva» (que en cuanto diferenciada de las conciencias individuales, nunca han probado). Como más absurdo aún es recurrir a cierto «panteísmo» (como se ve especialmente en ambientes orientales); o bien negar sin más fundamento que este, las nociones de «causalidad», o las de «temporalidad» y «espacialidad».

(17) ROIG GIRONELLA, S.I.: *Gesù Cristo percepito sperimentalmente da un filosofo*. «Atti del XXX Convegno del Centro di Studi Filosofici, Gallarate», Brescia 1976, pág. 317-324.

(18) Véanse las interesantes observaciones de Santo Tomás en la *Summa*, sobre la adivinación II-IIae., p. 95, a. 6, c; como también que admite que «los astros» pueden influirnos (y hasta qué punto). *Ibid.*, a. 5, c; y I-IIae., q. 9, a. 5, c y ad 3, donde dice al fin: «hay que reconocer que cuando los astrólogos dicen cosas verdaderas las dicen con cierto *instinto ocultísimo*, que los entendimientos humanos, que no lo conocen, lo experimentan: lo cual cuando se hace para engañar a los hombres, es operación de los Espíritus Seductores» (Satanás). Véase también I.º, q. 115, a. 4.

Cuando se ponen a divagar por estas zonas tan absolutamente ajenas y distantes de toda comprobación y de toda demostración, valiéndose solamente de un bagaje ideológico tan baladí, entonces sí que uno piensa en la afirmación de Hans Bender en el libro que antes hemos citado: «Por lo que hace a la investigación parapsicológica, somos del parecer que están probados todos los fenómenos susodichos, tanto la telepatía, como la clarividencia, la precognición y la psicocinesis. *Pero no pueden explicarse*» (19). Naturalmente, ellos no pueden explicarlos ni los explicarán nunca.

Hasta en cierto modo es gracioso que algunos parapsicólogos acudan a un *Poltergeist* travieso, o duendecillo burlón, los RSPK, que serían tanto los que harían jugarretas burlonas a la gente, como los que se encargarían también de avisar la muerte próxima (20). Pero no nos es preciso tomar esto en serio, ni detenernos más en ello.

VIII.—ALGUNAS CONSECUENCIAS

Me han dicho (lo he leído en algún libro de Parapsicología) que Rusia y Estados Unidos han montado sendos laboratorios de estudio parapsicológico con fines de guerra: para ver si podrían enviar a distancia comunicaciones telepáticas, por ejemplo desde un submarino, ya que el enlace telepático, dicen, no parece sujeto a la distancia.

No sé si es verdad que ha llegado o no hasta tal punto la preocupación por la Parapsicología. Lo que sí haré, es ante todo, dar un consejo a todos (especialmente a las personas muy sensibles y con síntesis mental débil): que se abstengan de experiencias de este género, pues pueden dañar gravemente su salud. Tanto más, cuando habrá ocasiones (esto no lo digo más que echando mano de otros medios de información) y las ha habido en que la acción del Mal Espíritu *se injerta* sobre tales situaciones, sin más fin que el de dañar y turbar.

También añadiré una observación y es que en el mismo grado en que alguien admita la realidad de algún fenómeno parapsicológico, queda desacreditado el materialismo, puesto que admite una realidad, superior a la materia y distinta de la que nos da la física, la cual en cuanto sea independiente de las cualidades sensibles materiales y las excluya, será precisamente lo que llamamos espí-

(19) SCHATZ, o.c., en la nota 2, página 320.

(20) Ibid., pág. 235.

ritual. Por esto hubo un tiempo en que los intelectuales del marxismo miraban con tanto recelo la Parapsicología: si había fenómenos que se sustraían a la férrea causalidad determinista de su física, no todo era «materia» (en el sentido en que tomaban ellos la palabra «materia»); y si había algo debido al «espíritu», entonces el materialismo dialéctico quedaba muy malparado. Creo que han intentado dar explicaciones para salir de este apuro.

La otra clase de intelectuales que también han quedado en una posición desairada han sido algunos intelectuales de hoy día, que habiendo abandonado nuestra filosofía tradicional secular, han echado mano de otras concepciones aproximadas al llamado «Catecismo holandés». Lo digo porque tendían a quitar en el sujeto humano el *dualismo* sustancial de que consta, materia-espíritu. Pero por la misma razón indicada, este dualismo quedaba patente en los fenómenos parapsicológicos que no querían rechazar, ni podían explicar.

Lástima que se haya procedido con tanta confusión en el estudio de materias propias de la Parapsicología; lástima que haya habido tanto fraude, tantos engaños, tanta credulidad; lástima que hayan querido explicarlo todo mediante unas ideologías totalmente deficientes. Si algún día se estudian estos temas con método riguroso y se cuenta con una buena base e instrumental racional, para integrar los resultados en una síntesis filosófica, entonces el estudio de estas materias puede hacerse interesante y puede ser de gran ayuda para la Filosofía.

Juan ROIG GIRONELLA, S.I.